

elena poniatowska

la casita de sololoi

— Magda, Magda ven acá.

Oyó las risas infantiles en la sala y se asomó por la escalera.

— Magda ¿no te estoy hablando?

Siguieron las risas burlonas o al menos así las escuchó.

— ¡Magda, sube inmediatamente!

Percibió una carrera y el formidable azotón de una puerta. “Salieron a la calle — pensó — esto sí que ya es demasiado” y descendió de cuatro en cuatro la escalera, cepillo en mano. En el jardín las niñas seguían correteándose como si nada, el pelo de Magda volaba casi transparente a la luz del primer sol de la mañana, un papalote tras de ella, eso es lo que era, un papalote leve, quebradizo. Gloria en cambio, con sus chinos cortos y casi pegados al cráneo parecía un muchacho y Alicia nada tenía del país de las maravillas; sólo llevaba puesto su pantalón de pijama arrugadísimo entre las piernas y seguramente oliendo a orines. Y descalza, claro, como era de esperarse.

— ¿Qué no entienden? Me tienen harta.

Se les aventó encima. Las niñas se desbandaron, entre gritos, la esquivaban. Laura fuera de sí alcanzó a la del pelo largo y delgado y con una mano férrea prendida a su brazo la condujo de regreso a la casa y la obligó a subir la escalera.

— ¡Me estás lastimando!

— Y ¿tú crees que a mí no me duelen todas tus desobediencias?

En el baño la sentó de lado sobre el excusado. El pelo pendía lastimero sobre los hombros de la niña. Empezó a cepillarlo.

— ¡Mira nada más cómo lo tienes de enredado!

A cada jalón la niña metía la mano, retenía una mecha impidiendo que la madre prosiguiera. había que trenzarlo, si no, en la tarde estaría hecho una maraña de nudos. La madre cepilló con fuerza, la niña esta vez metió las dos manos: “¡Ay, ay mamá, ay me duele!”. La madre siguió, la niña empezó a llorar, Laura no veía sino el pelo negro que se levantaba en cortinas interrumpidas por nudos. Tenía que trozarlo para deshacerlos, los cabellos dejaban escapar levísimos quejidos, chirriaban como cuerdas que son atacadas arteramente, pero Laura seguía embistiendo una y otra vez, la mano asida al cepillo, las cerdas bien abiertas a que abarcaran una gran porción de cabeza, zas, zas, zas, a dale y dale sobre el cuero cabelludo. Ahora sí en los sollozos de su hija la madre percibió miedo, un miedo que sacudía los hombros infantiles y picudos. La niña había escondido su cabeza entre sus manos y los cepillazos caían más abajo, en su nuca, sobre sus hombros. En un momento dado pretendió escapar, pero Laura la retuvo con un jalón definitivo, seco, viejo, con una furia vieja como un portazo y